

EL MOTÍN

Año XLIII

Madrid, Sábado 24 de Marzo de 1923.

Número 12.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Casi como quien no dice nada, han contado la mayor parte de los periódicos que el domingo por la tarde fué el rey á casa de Pedregal, y juntos marcharon á la Moncloa. Y el único que lo ha comentado, ha sido para decir que el hecho significaba una ratificación de confianza al reformismo.

¡Qué falta de sensibilidad poética! No ha encontrado su cantor este tier-no idilio bajo la fronda. ¡Lástima! ¿Quién no adivina la desenvoltura del galán que pide por fin una entrevista á solas, y la turbación de la doncella melquiadista? La ninfa, intentando resistir todavía, daría á entender que tenía celos de Romanones, jamona teñida de liberal y ducha en todas las artes de la seducción. El doncel haría mil protestas de pasión, y pediría juramento de amor y fidelidad para toda la vida. La pucela, rendida ya, accedería á todo. Es decir, á todo no; porque al oír lo del juramento, adoptaría un gesto digno, diría *prometo* y doblaría solamente una rodilla.

De esta luna de miel, resultarían pronto, para cuando sean las elecciones, unos monísimos diputados reformistas con toda la cara de papá.

Alba y Salvatella, en cambio, han tenido que apechugar con todas las amarguras del desvío. Los alcázares se abrieron, no hace mucho, para Delgado Barreto que, en *La Acción*, ha dicho del ministro de Estado cosas de esas que á veces se pagan caras cuando se dicen, y á veces se cobran cuando no se dicen. Regios alientos recibían los estudiantes católicos vién-

dose soberanamente presididos en un mitin que celebraron el día 7 para defender la fiesta de Santo Tomás, aunque el ministro de Instrucción Pública había dicho que, en ese día y á esas horas, era en clase y no en mitines donde había que estar.

Y aun para Alba, como presentaba visible excitación nerviosa, hubo en Palacio un té que le aquietó lo suficiente; pero el pobre Salvatella ni tula le dieron. Se conoce que como ha sido republicano no creen en sus alteraciones.

Así, señores de la concentración, hay carteras para rato. Sobre todo si se tiene la precaución de forrarlas con la propia piel.

El pleito de las responsabilidades va definiéndose y tomando verdadero carácter nacional. Dentro de poco ya estará ordenadamente encajado en nuestras costumbres.

Nació quizás con más fuerza todavía que sus colegas la nivelación de la Hacienda, la reconstitución interior, el desarrollo de nuestras riquezas naturales y tantos otros asuntos, cuya solución venimos quedando un año tras otro en que es inaplazable; pero nuestro organismo político lo digiere y asimila todo por resistente que parezca y ya ha engullido las responsabilidades también. Este corpachón político, desahogado como Gargantúa (aunque, según es de parlanchín, más creo que lo pariesen por la lengua que por una oreja) tiene ese modo de defenderse: cuando le arrojan algo para darle, abre la boca, por donde cabe todo, y se traga el proyectil.

Las responsabilidades ya están en un programa electoral, el del Gobierno, y muy probablemente pasarán al discurso de la Corona que es, como si dijéramos, el último tramo de la digestión. Luego pasarán á los demás partidos, y en adelante, años y años, los programas no solamente nivelarán la Hacienda, reconstituirán el interior y desarrollarán las riquezas, sino que exigirán las responsabilidades.

Podemos estar tranquilos; los responsables sobre todo.

¡POBRECITOS!

¿Que los curas no trabajan? ¿Quién lo dice? Véase las cosas que hacen sólo al decir misa.

El celebrante se santigua con el sig-no de la cruz 16 veces; 6 se vuelve

hacia el pueblo; 8 besa el altar; alza su vista al cielo 11 veces; 24 junta las manos; 10 se golpea el pecho; debe hacer 10 genuflexiones, inclinar la cabeza 21 vez, 7 ligeramente los hombros y 8 muy profundamente.

Bendice el altar 31 vez, 29 extiende las manos sobre él, 7 las pone juntas en el borde, 9 coloca encima la mano izquierda y 11 se la pone en el pecho.

Levanta ambas manos al cielo 8 veces; 10 cubre y descubre el cáliz, y va 20 de un lado á otro. Ora 14 veces con las manos extendidas y 36 con ellas juntas. Finalmente, ora secretamente 11 veces y 8 en voz alta.

Además de estas *trescientas y pico* de operaciones, perpetra otras 150; cerca de *quinientas* en total. Ha de recordar también *cuatrocientas* rúbricas ó reglas; de modo que, si sumamos éstas con las ceremonias, el sacerdote que celebra la misa conforme al rito latino de la Iglesia Romana, hace unas *novecientas* operaciones, ninguna de las cuales puede omitir bajo pena de pecado, por lo menos venial.

Si pudiera el cura concentrar toda la fuerza muscular que derrocha al decir misa y aplicarla á cavar la tierra de que fué formado, quedaría tan rendido, que apenas tendría alientos para llegar á su morada y pedir con voz desfallecida á su ama que le sirviera el almuerzo.

Advertencia.—Conste que los datos que apunto, los he tomado de un periódico que entiende de esas cosas. Si hay error, allá él.

JOSÉ NAKENS

Cine clerical

¡HACE TANTO TIEMPO!

—Vamos, veo que tiene usted el corazón de mantequilla.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Porque el viernes la estuve á usted observando en las Corazoneras durante el sermón, y vi que lloraba usted á moco y baba.

—No lo niego. Se necesita tener el corazón de piedra ó corcho para no conmovirse con los tormentos de Nuestro Señor, y las angustias y dolores de su Santa Madre. Y, además, lo hace tan bien el padre Machacón; le da un matiz y un colorido á las palabras; sabe comunicar tan bien al auditorio lo que lleva dentro que, vamos, sin quererlo una las lágrimas se le vie-

nen á los ojos. Esto no me lo negará usted.

—Sí, no es mal cómico el padre Machacón. Su voz patética, sus modales trágicos, el temblor que pone en sus palabras. Todo contribuye á causar un penoso efecto en algunos oyentes; esto es cierto.

—¿En algunos? En todos.

—No, en mí, no.

—¿Acaso cuenta mentiras?

—¡Vaya una ideal! Yo no digo tal cosa.

—Pues entonces...

—Pues entonces es que yo sé distinguir muy bien los reclamos de la oratoria, y la verdad de las cosas. Cristo sufrió mucho, y también su madre, eso es indudable; pero no me negará usted que han sido muchos, muchísimos los que han sufrido tormentos superiores á los suyos, y también han sido infinitas las madres que han pasado por torturas superiores á las de la Virgen. Jesús sufrió sus dolores, porque quiso, por aceptación voluntaria, para redimir á los hombres. Pero también sabía que aquello sólo duraría horas, que había de resucitar triunfante y glorioso al poco tiempo, y esto también lo sabía su madre. Esto, forzosamente, había de mitigar mucho tales penas. Si las madres, cuando pierden un hijo, aun en las circunstancias más dolorosas, supieran que todo aquello es cuestión de horas, que después vendrá un triunfo resonante y una felicidad eterna, ¿sufrirían tanto como sufren ahora?... No, indudablemente. En cambio, las madres de los ajusticiados, asesinados, muertos en guerra, etc., saben que nunca los volverán á ver, que su desconsuelo no tiene alivio, que jamás palpitará aquel corazón con nueva vida. ¡Este sí que es dolor, y gran dolor!

—Pero Jesús era Dios.

—Mejor que mejor; pues su madre sabía que la divinidad no podía sufrir, aunque sufriera la carne flaca. Sin descontar la grandiosa finalidad de aquel sacrificio cuyo valor conocía perfectamente.

—¡Uf! Pues no se mete usted en pocas filosofías.

—De algo me ha de valer haber sido ama de un canónigo muy listo. Además, de esto han pasado ya veinte siglos, y no es cosa de que estemos siempre llorando una muerte que tantos bienes nos ha traído. Hay ahora cosas que causan más pena que estas. Guarde usted sus lágrimas para su marido enfermo, para su hija muerta, que quizás sean más gratas á Dios que las que vierte usted por sus pasados tormentos, que hoy son felicidad eterna.

—Hija usted muy delgado y no puede discutir con usted.

—Pues consúlteselo al padre Machacón y ya verá usted como me da la razón.

FRAY GERUNDO

El clero se moraliza

Este artículo está titulado en serio; el clero se moraliza.

Por fin..., el Apostolado de EL MOTIN comienza á dar sus frutos, y dentro de poco los *Manojos de flores místicas* pasarán á la categoría de cosa prehistórica. El clero se moraliza; y, como decía la Santa, *por do más pecado había*. En una palabra: que los curas quieren casarse como Dios manda, constituir un hogar y tener hijos á quienes poder dar el dulce nombre de padres con todas las de la ley. Están hartos de verse puestos en solfa á causa de las amas, las tías y las sobrinas.

Claro está que esto se refiere á los que sientan con honradez tales deseos, pues en todas partes nunca faltan truchimanes. De éstos dice Lanfrey en su *Historia política de los Papas* hablando de la implantación del celibato:

«Importa notar, á este propósito, que las leyes sobre el celibato eclesiástico encontraron más oposición en las comarcas donde eran más puras las costumbres; pues nada le cuesta á un hombre de malos hábitos y sin familia, hacer juramento de castidad; primero, porque nada tiene en ello que perder; segundo, porque no lo mantendrá.»

Con que ya lo saben los curas partidarios del *creced y multiplicaos*: aparten de su lado á los truchimanes, y á no cejar hasta conseguir la abolición de un estado de cosas que los coloca fuera del orden natural de la humanidad.

Como prueba de que lo que venimos diciendo pertenece al número de las cosas positivas, he aquí la carta que publica *La Libertad* del 9 del corriente, dirigida al señor Torrubiano Ripoll:

«Sr. D. Jaime Torrubiano.

MADRID.

Muy señor nuestro: Asiduos lectores de sus vibrantes y nunca como ahora más oportunos artículos sobre la abolición del celibato, le adjuntamos el presente Manifiesto para que, si lo estima oportuno, lo publique en la Prensa con las modificaciones que crea conveniente.

Perdone tanta molestia y sabe son de usted atentos y agradecidos servidores.—*El Comité Eco Español, abolicionista del Celibato.*»

A continuación se inserta el Manifiesto, que yo no copio aquí por no ocupar mucho espacio; pero que el lector (el que no lo haya leído) puede figurárselo sabiendo de lo que se trata.

Como ya he dicho otra vez, tengo al señor Torrubiano Ripoll por hombre que sabe donde le aprieta el zapato en cuestiones eclesiásticas; pero, además, se nos revela como profundo conocedor del *gremio* en los siguientes párrafos, que copio, de la contestación dada á los firmantes del Manifiesto.

Dice el señor Torrubiano que, «por favorecer al clero no he de dar un solo paso, porque así estoy por decir que no se le merece».

El clero, desgraciadamente, tiene muy servil psicología; esa es la mayor conquista de la falsa educación de los seminaristas. No quiero á mi lado sino á hombres de buena fe; hombres hambrientos de espíritu; hombres sinceros y convencidos adoradores de Cristo y de España. A los corruptos, á los perversos que han inten-

tado hacerme brazo ejecutor de sus concupiscencias, cabeza de turco de sus innobles algaradas, los cuales son pocos por fortuna, ya los he sacado de mi compañía y de mi amistad.»

Después de decir que alentará á los buenos, añade:

«Pero la grey clerical es un rebaño de gallinas; salvo un puñado de centeras que me han dado su nombre; los más, aunque adheridos en espíritu á mi campaña, son unos cobardes, no tienen un momento de gallardía, no quieren convenirse de que la unión hace la fuerza; no quieren entender que sus nombres quedarán amparados por el secreto profesional, y vacilan, vacilan, no se acaban de resolver... Por eso digo que por el clero no lacho; lacho por España, cuyo espiritismo parece por los graves abusos de la potestad eclesiástica.»

«¿Qué tal el amigo Torrubiano?...»

Y, ahora, señores abolicionistas, á conseguir la supresión del celibato; que lo veamos con el tiempo luchar con la carencia de las subsistencias para mantener la prole; que los veamos reñir con el tendero, con el sastre, con el zapatero, y hasta con las nodrizas, por defender la intangibilidad económica del hogar; que los veamos, en fin, luchar como hombres, no vegetar en su mayoría, como hongos solitarios al margen de todos los afanes de la vida.

SIMON CERREJON

Las religiones

Desde los tiempos más remotos hubo hombres que hicieron creer á sus contemporáneos que sólo ellos estaban en relación con un ser sobrenatural que el vulgo no podía ver ni oír.

Los ha habido en número mayor que, por cálculo sobre todo, han propalado sus falsedades. Imaginaron fábulas y echaron mano de promesas y de amenazas para, en provecho propio, sacar partido de la ignorancia y la credulidad humanas. Esos fueron los hombres que inventaron á los dios.

Apenas han variado sus medios de propaganda; siempre hablaron de apariciones, sacando de ello gran beneficio para su peculio. Esos hombres son designados por las denominaciones de sacerdotes, brujos, adivinos, profetas, pontífices, frailes, etc.

Cuando eran débiles, aparecían humildes é insinuantes; cuando eran fuertes, por el número, se mostraron intolerantes y á las veces hasta crueles. Su despotismo ahogó el pensamiento, acaparó las riquezas, redujo los pueblos á la esclavitud, empleó la espada, el fuego y los tormentos para someterlo todo á su autoridad. Acordaos de lo que habéis leído respecto á la Inquisición y á los horrores sangrientos de la Biblia.

Los sacerdotes más antiguos son los del Brahmanismo, religión que data de cinco mil años y cuyos misterios han servido de base al judaísmo, al cristianismo y á la mayor parte de las otras religiones.

Hay también los bonzos ó sacerdotes del budismo, los aïdas, ambettis, arikis, uechils, tahúas, de las religiones de la Océanía; los topilsins, Xecos, piaches, pagés, bótes de los Americanos; los magos, de la religión del fuego de los Persas; los druidas, drotas, profetas, pitonisas, au-

gures, coribantas del paganismo; los levitas de los judíos; los papas, los obispos, los curas, los papas de los cristianos; los califas, los ulemas de los mahometanos, sin contar, en todas esas religiones, los monjes y las religiosas. No contamos en esa enumeración los innumerables fetiqueros de las tribus salvajes.

La mayor parte de las religiones tienen sus libros sagrados: los Vedas, del brahmanismo, el Zend Avesta, de la religión persa; los Eddas, de los druidas, la Biblia, de los judíos, el Korán de los mahometanos.

Todos esos libros abarcan principios de moral, fábulas más ó menos poéticas, preceptos más ó menos sensatos, relatos incoherentes que sirven para entontecer á los hombres, para dominarlos más fácilmente y explotarlos mejor.

Claro es que si la influencia religiosa sólo obrara sobre los adultos, tendría pocas probabilidades de éxito; pero desde la cuna el niño está sometido á la enseñanza religiosa. Los sacerdotes llegan hasta á exigir de los recién casados el compromiso de educar á sus hijos cristianamente. Los años hermosos de la infancia y de la adolescencia se pasan aprendiendo fábulas estúpidas en vez de ser destinadas al estudio de lo verdadero.

R. STRIVAY

La Pensée, Bruselas.

Sastrería clerical

—Oye, Lucas.

—¿Qué manda usted, mi principal?

—¿Llevaste la cuenta al teniente de San...?

—Sí, señor; pero como si no se la hubieran llevado.

—¿Qué te ha dicho ese?...?

—Que se tenga un poco de paciencia, que más pasó Cristo por nosotros; que ahora está un poco escaso de dinero, por que como su ama acaba de dar á luz, entre la confección de equipo para la criatura, gastos de asistencia, comadrón, bautizo, etc., se le ha ido el dinero sin saber cómo.

—¡Dichosos presbíteros! Bien dijo el otro:

Los sastres que traen á los curas, suelen salir pagando las hechuras.

Pero, calla, que ahí viene don Sinfonso. ¿Tanto bueno por esta casa! ¿Que sea enhorabuena! Ya he leído que le han nombrado á usted penitenciario de la catedral de X... ¿Qué apostamos á que viene usted á ponerse de tiros largos para ir á tomar posesión? ¡Chico! Saca ese merino que acabamos de recibir y enseñáselo en pieza al señor cura. Buen género, ¿verdad? De abrigo, de color inalterable, y, sobre todo, económico. ¿Qué cuánto? Por el precio no hemos de reñir. Sotana y manteo, ¿verdad? Voy á tomar las medidas. ¿Sabe usted que por esta sotana le debía cobrar doble que por la anterior?

—¿Por qué?

—Porque ha aumentado usted el doble de volumen; ¡qué atrocidad!

—No tengo la culpa. El Señor es quien concede el aumento de carnes.

—Y cómo no se las concede á mi dependiente, á pesar de que todos los días lo mando á misa?

—Porque la oírás donde yo la oía cuando era seminarista externo y mis padres

me enviaban á ella. ¿Verdad, muchacho? ¿De qué color eran esta mañana las... vamos, las insignias del sacerdote?

El hortera no contesta, pero se esconde en la traistanda más encarnado que un tomate.

—Maestro, ¿cuánto le debo á usted por el pantalón que me ha hecho?

—Ocho duros.

—Los mismos que me debe usted pagar á cuenta de un entierro.

—¡Si no se ha muerto por ahora nadie de mi familia!

—Pero ha matado usted la prenda: allí la tengo de cuerpo presente en casa. No falta más que enterrarlos los resposos consiguientes y pasarle á usted la cuenta de los honorarios fúnebres.

—Siempre de buen humor, señor cura.

—No lo diría usted si me hubiese visto ayer. Figúrese usted que me fui vestido de pecador á ver mis monjas. Llego, y tan estrecho me ha sacado usted el dichoso pantalón, que al inclinarme para recoger un escapulario que se le había caído á una madre, ¡zas! se descose la parte posterior, y toda la comunidad se ha enterado de qué tela son mis calzoncillos! Gracias á un traje talar que tengo de desecho en la sacristía, que si no hasta los perros de la calle hubieran sabido cómo ando de ropa interior.

Estas y otras escenas parecidas son tortas y pan pintado para las que ocurren á los sastres especialistas en el ramo, cuando los reverendos se presentan acompañados de sus respectivas amas.

Por ejemplo. Alguna sirvienta mística, pero silvestre, se encara con el maestro y le dice:

—«A ver si echa usted buen paño á esta sotana. El de la última fué tan malo, que cuando la deseché mi señor no pude hacerme un mal refajo con ella. ¡Ahí! Que no se le olvide á usted guardarme los cuchillos de los pantalones. Este es tan destrozón que todo lo rompe y siempre hace falta andarle echando remiendos.

¿Qué tales serán las latas que dan las amas de presbíteros, cuando un sastre especialista ha cambiado la muestra de su tienda? Antes decía:

Especialidad en trajes para sacerdotes. Y ahora ha cambiado la rotulación en esta forma:

Trajes para toreros.

Sin embargo, siguen concurriendo varios presbíteros al establecimiento, lo cual prueba que el sacerdocio no es incompatible con la tauromaquia.

J. G. L.

EN SEVILLA

Ya van corriendo las calles como galgos en manadas los cofrades, acechando á quien el dinero sacan. Asombran las cantidades que el Municipio señala para los Cristos y Vírgenes de moda en Semana Santa. Los hay de todos los gustos, los hay de todas las castas, los hay de todos tamaños, con caras buenas y malas. Los muñidores se mueven aporreando las casas;

de los estantes oscuros las imágenes se sacan para limpiarles el rostro. Quitarles las telarañas, para que salgan á escena decentitas y sin manchas. La tanda de penitentes al sol sus túnicas saca, y de las casas de préstamos se desempeñan las galas. ¡La cristiandad nos contempla! ¡Se acerca la gran semana! Primero, Cristo en las calles... Luego, toros en la plaza... Y después, y á todas horas, barbaridad é ignorancia. Exposiciones estúpidas de siras joyas y galas ante un pueblo que no tiene fe, ni religión, ni nada; que se mantiene con hierbas, con aguardiente se mata, que habita entre la miseria y se revuelca en la charca, sin ideal que le guíe ni pan que le satisfaga la necesidad del cuerpo, la necesidad del alma, esas dos necesidades que la humanidad reclama como religión augusta la más noble y la más santa.

CARRASQUILLA

La casa ruinosa

Allá por época remota, y cuando los señores eran respetados como dioses y jamás discutidos sus procederes, con mengua de la dignidad humana, existía una hermosa quinta en los alrededores de Barcelona y en lo más alto de una colosal y pintoresca montaña rodeada de soberbios pinares que le daban un aspecto misterioso.

Al pie de tan delicioso sitio, y circundando las trepadoras plantas, á las que parecían prestar su bienhechora protección algunos árboles centenarios que elevaban sus pomposas bóvedas, se medio ocultaba una casita de un solo piso defendida por sólidas puertas y por espesas enrejadas que en caso de ataque la hubieran hecho inexpugnable.

Algunos cristales, colocados en las ventanas, permitían que entrase la luz en tan modesto albergue, interceptando el aire y el frío, bastante glacial por aquellos contornos.

En los momentos en que nos aparecemos á nuestros lectores son las tres de la tarde de un precioso día de primavera, y dos mujeres departen á la puerta de aquella mansión humilde. Entrada en años la una y con restos de pasada y enérgica belleza, y apuntando en la otra múltiples entornos.

—Te lo digo de verdad, mi pobre Elena; las visitas que con tanta frecuencia te hace ese entosado, no me agradan ni poco ni mucho, porque, la verdad, es muy extraño que muestre tanto interés por salvarte...

—Pero, madre; usted supone en el pobre padre Ramón unas intenciones inadmisibles; hay que pensar que yo soy su

hija de confesión, y que él quiere encaminarme por el camino recto...

—Sí, demasiado recto; estoy segura de que si tuvieras diez años más, ó estuvieras más picardeada de lo que hoy te hallas...

—Por Dios, madre; el padre Ramón es un santo, y usted no duda en calumniarle.

—Hija mía, yo tengo veinte años más que tú, y veo lo que tú no ves.

—Ya se acerca, madre mía; que no adivine nada de lo que hemos hablado.

—Hola, vecinias, ¿de qué se trataba?
—De nada; padre Ramón, me aseguraba mi madre que usted parecía muy empuñado en que yo aprendiera todo lo que implica doctrina.

—Sí, efectivamente, Elena; yo quiero guiarte por la buena senda, para que otros no malogren mis esfuerzos. El mundo, hija mía, es un dogal para los inexpertos, y en él sucumbe fácilmente la inocencia. ¡Vaya! Ven á aquel rincón de tu casa, y te seguiré explicando lo que ahora no puedes comprender.

—Vamos, padre Ramón; ¿cuándo podré pagarle á usted las molestias que por mí se toma?

Y el cura y la joven se dirigieron hacia el interior de la casita, mientras la madre de la muchacha lo miraba, y quedaba refunfuñando:

—La mucha claridad parece que estorbaba á los que han de dar explicaciones. Estaré alerta, por lo que pueda suceder.

—¿Qué tienes, Elena? ¿Has estudiado á conciencia el pasaje que te di sobre el amor fraternal?

—Sí, señor; dice que debemos amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos. —¿Y así lo haces tú, niña mía?

—Sí, señor; pero...
—Comprendo: le amas, pero con reserva.

—La necesaria á una joven.
—Hija mía; en el cumplimiento del deber, no se admiten atenuantes. Has de proclamar tu cariño sin omisión de ninguna especie; y creer lo que el prójimo te diga; que si tu intención es buena, Dios no permitirá que él te la suplante. Y habrás dado una prueba de noble confianza en el que le guía y en tus propias fuerzas.

—Pero, padre Ramón...
—Hay que amar al prójimo como á sí mismo.

—Y si usted me mandara suicidarme, ¿qué debería yo de hacer?

—Pues obedecer ciegamente.

—¿Y usted me dejaría morir?

—Ya veríamos lo que haría yo.

—Pues, diga, padre; estoy dispuesta á obedecerlos.

—¿Aunque mi conducta la juzgues sospechosa?

—Sí, padre mío.

—Pues ven esta noche á las afueras de tu casa.

—Confío en Dios, y en la rectitud de usted.

—Te salvarán tu candidez y la justicia.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Nada; que la casita que servía de vigía á esa pintoresca finca ha sido pasto de las llamas esta pasada noche.

—Sí; ya se ven las huellas del incendio, que ha debido ser terrible. No ha quedado

un solo cristal sano; pero, ¿y en las personas, ha ocurrido alguna desgracia?

—No, señor; todos se han salvado.

Este diálogo mediaba entre dos individuos que contemplaban los restos de una casita que había sido pasto del incendio. A pocos pasos de aquel lugar, vagaba una mujer entrada en años, murmurando á media voz:

—Era preciso sacrificar algo para salvar á mi hija. No creo que el padre Ramón haya quedado con deseos de insistir; por poco no pierde la vida al salir de incógnito de su escondite.

Y á Elena... le habrá servido el hecho de una buena lección. Ahora, ya no hay inocencia que la disculpe.

¡Y ese era el santo varón!

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

Semblanzas

¿Quién tiene conducta irfame en secreto y con recato y los actos religiosos practica con gran boato?
El beato.

¿Y quien oculta sus vicios en primavera y otoño y disfruta el sentimiento como un infeliz bisoño, y para engañar mejor toma el color del madroño?
El gasmófo.

¿Y quien afecta humildad en su lenguaje y su trato para alcanzar lo que quiere con aspecto timorato?
El mogigato.

¿Quién tiene la pretensión de pasar por religioso en actos de devoción aunque en su vida privada sea un perfecto bribón?
El santurrón.

¿Y quien con faz melancólica con notable perfección finge ardiente fe católica y con distintos disfraces siendo su obrar una incógnita va engañando á todo el mundo dejando á la gente atónita?
El hipócrita.

Ahora me resta decir lo que haría en un momento con todas las alimañas que he venido describiendo.

Del hipócrita un pelele para jugar los chicleos; del mogigato salchicha para dársela á los perros; del gasmófo, picadillo después de dejarle ciego; jigote del santurrón para que sirva de ejemplo; y del beato una antorcha con la grasa de su cuerpo.

MANUEL CARCELES SABATER

Un hombre armado de lanza, pasa corriendo ante Sócrates en persecución de otro que más bien vuela que corre.

—Detenlo, detenlo—le grita al sabio.

El maestro no se mueve.

—¿Eres sordo? ¿No has podido cerrar el paso al asesino?

—¿Y qué entiendes por asesino?—le preguntó Sócrates.

—¡Peregrina interrogación!—dice el lancero—. Pues asesino es un hombre que mata.

—¿Un carnicero entonces?

—¡Viejo estúpido! Un hombre que mata á otro hombre.

—¡Ah, sí; un soldado!

—¡Bestial! Un hombre que mata á otro hombre en tiempo de paz.

—¡Vamos, un verdugo!

—¡Animal! Un hombre que mata en su propio domicilio.

—¡Comprendido: un médico!

—Los demonios que te lleven, brujo maldito.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Miguel Fernández, Guadalcanal, 20 pesetas; Antonio Martínez, Murcia, 2.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Segovia.—Vicente Arévalo, abonada su suscripción á fin Diciembre 1923.

Salamanca.—Fernando Gutiérrez, José Conaleja, Emilio Martín, Siro Huertas, Rofo Manzano, Julián Canelo, José García Monedero, Leandro Castiñeira; id. todos á fin Diciembre 1923.

Murcia.—Antonio Martínez, id. á fin Junio 1923.

Guadalcanal.—Miguel Fernández, id. á fin Febrero 1924.

Alcázar.—Rafael Mazuecos, id. á fin Junio 1923.

Sevilla.—Antonio Montilla, id. á Marzo 1924.

Castellón.—Manuel Torres, id. á fin Julio 1923.

Alhambra.—Emilio García, id. á fin Febrero 1923.

Rota.—Juan Lopinto, id. á fin Diciembre 1923.

Sevilla.—M. Segura, Recibido su giro de 10 pesetas; van libros.

Sauces.—Manuel Guardia, id. de 27; conforme.

Tortosa.—José Castellví, id. de 18'80; conforme.

Barcelona.—Pedro Vilalta, id. de 406'50; va carta.

Valencia de Alcántara.—Pedro Carballo, id. de 5; gracias.

Coruña.—Severino Álvarez, id. de 10'25; corf. rue.

Idem.—Pedro Mosquera, id. de 12.

La Línea.—Manuel D'Lom, id. de 38; conforme.

Callosa de Segura.—T. Pina, id. de 10; á cuenta.

Palamós.—Salvador Plaja, id. de 10; á cuenta.

Soria.—Antonio Rojo, id. de 15; ¿para qué?

Ceuta.—Sobrinos de Cortés, id. de 5; conforme.

Alayor.—Rafael Juanico, id. de 16; conforme.

Imp. Juan Pérez. - Pasaje de Valdecilla, 2.-Madrid.